

The background of the book cover is a black and white photograph of a calm body of water. In the foreground, a dark, silhouetted figure of a person is reflected in the water. The background shows a distant shoreline with trees under a light sky. A thin vertical black line runs down the left side of the cover.

ALEJANDRO  
BARAVALLE  
EL SUEÑO DEL  
AMOR ENGENDRA  
MONSTRUOS

BÄRENHAUS

ALEJANDRO  
BARAVALLE  
EL SUEÑO DEL  
AMOR ENGENDRA  
MONSTRUOS



**BIBLIOTECA ELEGIDA**

*Colección dirigida por  
Marcelo di Marco*

**BÄRENHAUS**

## ÍNDICE

<b><i>Culpa de él</i></b> .....	11
<b><i>La expiación</i></b> .....	19
<b><i>Las brujas casi no existen</i></b> .....	21
<b><i>La muñeca</i></b> .....	43
<b><i>Los ojos de Luna</i></b> .....	51
<b><i>Narcolepsia</i></b> .....	57
<b><i>Un trámite personal</i></b> .....	73
<b><i>Intersticios</i></b> .....	79
<b><i>En lo más hondo</i></b> .....	87
<b><i>Después del final</i></b> .....	97

*...la necesidad ansiosa que tiene por objeto el ser mismo, una necesidad absurda que por las leyes de este mundo es imposible de satisfacer y difícil de curar: la necesidad insensata y dolorosa de poseer a esa persona.*

**Marcel Proust**

*Desde la llegada del diablillo, la casa prospera. El marido lo quiere tanto como la mujer, o quizás más aún. Él comprende que el travieso geniecillo hace la dicha del hogar.*

**Michelet, La bruja**

## CULPA DE ÉL

11

Marina tuvo que mirarse las palmas brillantes de sudor para tomar consciencia de su nerviosismo. Pensó que, por antigua y recurrente, aquella corriente de inquietud ya le resultaba difícil de percibir. Se le había metido en la carne, como a los habitantes de la ciudad el ruido de los coches o el aire viciado.

Y, hablando de ruidos y coches, ojalá que Mateo aflojara con ese autito de lata. El crujir de las rueditas contra el piso la ponía más tensa.

Nerviosismo. Tensión. Inquietud. Basta de eufemismos, Marina: lo que te pasa se llama *miedo*.

—¿Y papá? —Mateo, todavía arrodillado y sin dejar de raspar el suelo con ese condenado autito, parecía haber adivinado exactamente en qué pensaba ella. O, mejor dicho, en *quién* pensaba.

—Todavía está trabajando, mi amor. En un ratito llega.

—¿Tuvo un accidente?

—No, Mateo, papá no tuvo un accidente.

Ayer habían visto un choque por televisión. Rodolfo, hablando con Marina, usó la palabra “accidente”, y Mateo preguntó qué significaba.

Marina sacó la tabla y la cuchilla. Puso un tomate en la tabla y lo cortó en pedazos muy chicos. Volvía a decirse lo mismo que anoche, mientras Rodolfo fungía como diccionario parlante ante su hijo: resultaba irónico que Mateo los interrogase justamente sobre esa palabra, tan descriptiva de su llegada al mundo.

12 Y pensar que, hasta ese momento —hasta que Mateo nació—, Rodolfo no había provocado en Marina este temor que le hacía sudar las manos. Cierto que ya habían existido insultos, y algún que otro empujón; pero nada que una mujer enamorada no pudiese tolerar.

Vamos, Marina, si hasta te calentaba que te zamarrera o diera órdenes a lo macho alfa.

Pero nació Mateo, y con él nació otro Rodolfo. O acaso se trataba del mismo, aunque potenciado: un Rodolfo más irritable.

*Irritable.* Otra vez recurría a los eufemismos. Aquel resultaba un término muy liviano para describir al Rodolfo actual. Y tampoco era cierto que Rodolfo hubiera potenciado algo latente en él. No: sin dudas la paternidad lo había *cambiado*.

—Tengo hambre, ma.

Mateo andaba pesado hoy, pero al menos ya la había cortado con el autito. Ahora hacía pelear entre sí a dos de sus muñecos, y con la boca simulaba el estruendo de los golpes: un ruido mucho más tolerable que el chirriar de las rueditas.

—Llega papá y comemos, hijo, ya te dije.

Sí, papá llegaría pronto. Papá leería el resumen de la tarjeta de mamá, y se enteraría de que mamá anduvo gastando más de lo establecido por papá.

Mientras hacía caer con fuerza la cuchilla, ahora sobre una cebolla, tragó saliva y le puso un dique imaginario a las lágrimas. Lo peor no eran los golpes, no: lo peor era esta expectación helada, la certeza del castigo inminente. Y todo por esa tarde de shopping con Gabriela: de tanto empeño en mentirse feliz ante su amiga, ella misma se había olvidado de la verdad y, animada por la propia Gaby —qué sabría ella, pobre— se compró un feliz y hermoso vestido en felices cuotas. Para colmo, sólo lo usó una vez: esa misma feliz tarde. Apenas llegó del shopping se lo puso y se miró al espejo, y lo que vio no fue lo lindo que le quedaba, sino las marcas futuras en sus pómulos, las represalias que acababa de adquirir junto al vestido.

Y además, qué tontita: ¿para qué comprarse ropa que no podría usar delante de Rodolfo sin delatar el excesivo gasto? Encima, él leía el resumen el mismo día en que les llegaba, todos los meses sin excepción.

Sin dudas, más que tontita había sido una idiota.

Hacía años que venía siendo una idiota. Una reverenda imbécil venía siendo.

—Ma, tengo hambre. ¿Qué comemos?

Iba a decirle a Mateo que tuviese paciencia, y qué comerían fideos con tuco, cuando oyó la llave girando en la puerta de entrada. Se restregó las manos en el repasador, forzó la sonrisa de siempre y se dispuso a actuar con la mayor felicidad posible.

Un par de horas después, lavando los platos, oyó por fin los pasos de Rodolfo subiendo las escaleras con Mateo, cada cual yendo a dormir a su pieza. El

nene no soltaba el autito: dormía con él como si se tratara de un oso de peluche.

Marina se dijo que Rodolfo, a su manera, era un buen padre: más allá de algún bife o patada, nunca lo había lastimado.

14 En cuanto a ella, hoy no había cobrado tan duro. Un poco de maquillaje en la mejilla izquierda, y la cara luciría impecable. Salvo para un observador demasiado atento. Las piñas en el estómago —bueno, en realidad no eran lo que se dice piñas— dejarían de dolerle pronto, ya lo sabía bien.

Se detuvo. Repasó sus propios pensamientos. Detenidamente. Palabra por palabra.

Y cada palabra se volvió plena de significado. Y cada significado implicaba un corte más en la venda que le cubría los ojos.

Y todo se le hizo claro.

Cómo llegaste al punto de festejar que te dieran una “paliza leve”, Marina. Cómo te dejaste arruinar así.

¿Era culpa de ella, acaso? A lo mejor había sido una mala esposa. ¿Por sus errores había desaparecido ese Rodolfo fascinante de los primeros años?

Sus pensamientos combatían unos contra otros, y ella estaba harta de justificar lo injustificable, de negar lo evidente.

Y, al final, llegó a un veredicto.

El culpable rondaba en la pieza de arriba, dispuesto a dormir el sueño de los justos como si fuera el más inocente. Pero las marcas, el dolor, el miedo —esa incesante anticipación del dolor—, todo era culpa de él.



La salsera —bien roja— temblaba en las manos de Marina: no era la primera vez que fantaseaba con liquidarlo.

¿Se acobardaría, igual que siempre?

Al fin y al cabo, Marina era como esos depresivos crónicos que viven amagando a suicidarse pero la palman a los noventa de un paro cardíaco, bien cómodos en la cama o en el sillón.

Bien cómodos, en la cama.

Igual de cómodos que *él* ahora.

Se pasó la lengua por el labio, y advirtió un tajo que hacía unos minutos no estaba ahí. El nudo helado que le oprimía el pecho empezaba a acalorarse. Recordó esos primeros años junto a Rodolfo, los proyectó en su cabeza bajo la oscura luz de los últimos. Sin dudas, un contraste sangriento. Sangre como la que ahora le brotaba del labio mientras se lo moría. Aquellos años, aquellos sueños rotos: recordaba y clavaba más y más los dientes en el tajo, y lamía la sangre y se le nublabla la vista. Y, sin saber cómo, ya empuñaba la cuchilla que acababa de lavar. Y mientras la cuchilla fulgía bajo la lámpara, y temblaba junto a la mano que la sostenía, el odio le quemaba a ella en el pecho.

Toda su vida sucede ahora mismo, como si la temporalidad acabara de desgarrarse: la noche en que Rodolfo —Rodolfo, aquel irresistible Rodolfo, mezcla de vikingo y de dandy; cuántas ganas de encontrarte hambriento, Rodolfo, de volverme tu manjar y de que me devores viva—, sí, la noche en que Rodolfo la conquista a la salida del cine; la luna que los encuentra

desnudos en la cama; el papelito del test en el inodoro y la raya que da positivo. Y Mateo brotando de la panza. Y la primera trompada de verdad —son momentos de estrés, no se puede tirar una relación por eso, ya la cosa va a mejorar, cuando asimile esto de ser padre tan joven—, y la segunda y la tercera trompada, y el primer cinturónazo —me pasa por puta, por puta de mierda desobediente—, y salir muy cada tanto a pasear con amigas y perfeccionar el arte de hacerse la idiota delante de ellas —Rodolfo tiene su carácter, Gaby, pero vos no sabés lo distinto que es cuando estamos nosotros dos solos—, y la rutina de maquillarse las marcas o vivir calculando cuándo desaparecerán: el vil trabajo diario de acostumbrarse a una existencia infernal de dolor y de miedo.

Y ahora se sorprende a sí misma frente a la puerta de la habitación: con una mano empuña la cuchilla, y con la otra acaba de empujar la puerta. Todo es una pátina nebulosa en la que flotan las formas difusas del mobiliario, pero Marina ve con claridad a ese a quien quiere destruir. Se jura que, esta vez, él nunca va a despertar: ella no dejará que le siga robando los sueños.

A la mañana siguiente, dos policías se la llevan esposada. Inmóvil, catatónica. Marina apenas mueve los labios para escupir balbuceos. Uno de los oficiales acerca el oído y la oye decir “Culpa de él, culpa de él”.

Atrás, bajo el sol ríspido, los camilleros cargan el cadáver. Lo han cubierto con una sábana, pero una

mano entreabierto sobresale ahora, como queriendo atrapar el aire.

Más atrás, llorando, viene Rodolfo, el autito ensangrentado temblando entre sus dedos.



## LA EXPIACIÓN

19

La culpa le carcome las entrañas mientras prende la última vela: ojalá funcione el ritual, ojalá él pueda volver para perdonarla.

Sosteniendo la vela, mira al espejo en penumbras. Dice tres veces el nombre:

—Pablo. Pablo. Pablo.

Evoca el accidente: la juguetona negligencia de ella, la sangre sobre el asfalto y el casco roto de él.

El espejo tiembla. La casa entera tiembla.

Y un dolor punzante en el estómago, y algo en sus entrañas que intenta salir. Y la carne que se abre, y el chorro de sangre contra el espejo.

Y, antes de la absoluta oscuridad, las letras rojas en el vidrio:

NO TE PERDONO

## LAS BRUJAS CASI NO EXISTEN

La bruja.

La reconozco. Cuando la vi por primera vez yo era un chico, pero la reconozco. Es ella, sin dudas: allá, en la vereda de enfrente, a plena luz. Distingo su figura horrenda, aunque por ahora camine lejos de mí.

Y lo que recién emergió de la boca del subte es su joroba, ese repulsivo leviatán oculto bajo el vestido negro.

La miro mientras arrastra por la calle su gelatinoso cuerpo desarticulado, aun más encorvado de lo que puedo recordar: en cualquier momento se golpea la pera con la punta del pie.

*Miedo.*

Vuelve el miedo de aquella época lejana, cuando yo pensaba que la adultez me haría inmune a este tipo de terrores. La última vez que había visto a la bruja, yo aún experimentaba las cosas mágicamente, sin pasarlas por un tamiz realista, racional. Le temía a entes más sutiles y nobles, por así decirlo, que la inflación o el corralito bancario.

Y ahora recuerdo que, chico y todo, también amaba a una mujer. La amaba con esa demencial pasión que sólo toleran los amores efimeros y superficiales.

Pero yo no me había enfrentado el verdadero terror hasta mi alucinante encuentro con la bruja, durante aquella noche lejana y terrible que ahora vuelve desde lo más oscuro de mi memoria. Y, por otra parte, tampoco conocía las terroríficas estupideces de las que es capaz un enamorado.

22

La tarde que precedió a aquella noche acabábamos de llegar a la quinta de Domselaar. Mi padre, fiel a sí mismo a pesar del cambio de paisaje, ya empezaba con sus gruñidos:

—Che, vos: andá al fondo y traete unos cajones.

Yo no ignoraba que, más tarde, él me obligaría a convertir esos vacíos cajones de fruta en maderas para el asado. Por eso Norita me sacaba la lengua mientras yo obedecía. Lejos de la arquitecta que es ahora, ya desde la cuna se venía ganando el título de Molesta Hermana Menor.

—Cuando papá no me vea —le dije señalándola con el dedo mientras me alejaba a cumplir mi misión—, al plato tuyo te lo voy a envenenar. —Por suerte, mamá no me oyó, o me habría retado feo. Y Nora, claro, se hubiese reído el doble.

Cuando pasábamos el fin de semana en la quinta de Domselaar, yo trabajaba de hijo mucho más que en casa. En esa época no podía entender que papá se relajara haciendo asado, barnizando alguna puerta o incluso clavando una madera floja. Después entendí que aquellas tareas puramente físicas, ejecutadas al aire libre sin apuro ni jefes, lo ayudaban a olvidarse de la oficina y de los impuestos. Y acaso de su vida entera.

La parte enervante del asunto de esas tareas relajantes —relajantes para él, claro— era que exigía mi ayuda.

Pero, así y todo, cuando en casa nos anunció a mitad de semana que el viernes saldríamos para Domselaar, yo me encendí de emoción. Porque cuando pensaba en Domselaar no pensaba en las astillas de las maderas, en el olor apestoso del barniz de las puertas o en alcanzarle los clavos a papá y que se me cayeran siempre. De hecho, ni siquiera pensaba en la dichosa quinta.

23

En lo único que pensaba era en Gisella.

Gisella. La conocí la vez anterior que habíamos ido a Domselaar. El encuentro había sucedido —maldita suerte— justo un par de horas antes de volvernos.

Papá me había mandado a comprarle puchos al almacén, a dos cuadras de la quinta. El dueño, un pionero del hoy tan difundido polirrubro, tenía sujeto con cadena un inflador para bici que podías usar gratis si eras parroquiano: a los conductores “forasteros” les cobraba, o bien los obligaba a comprar.

De Gisella me enamoré apenas me habló. Yo salía del almacén; ella estacionaba la bici contra la pared roñosa, de un rosa desleído. La bici era cromada, tan plateada que llegaba a encandilarte. En mi barrio, allá en Lanús, aquella posesión le hubiese valido a la chica el rango de aristócrata, aunque igual mis amigos y yo ignorábamos aquella palabra.

Sin soltar el manubrio, Gisella me miró. Y seguro habrá advertido que yo también la miré. La miré fija y descaradamente. La miré con ese deseo soterrado,

casi inconsciente de sí mismo, que nos golpea cuando apenas estamos entreviendo las pegajosas sinuosidades de la pubertad. Y me dijo:

—¿No tenés bici? ¿Sos de la zona?

Yo me limité a negar con la cabeza.

—¿No sos de acá, no?

Volví a negar.

—Sos callado.

Asentí, todavía incapaz de hablarle. Lo que se dice un precoz imbécil.

24

—¿Se te desinfló la cromada? —pregunté por decir la primera estupidez que se me ocurrió: no quería terminar ese diálogo, que hasta que llegó mi pregunta había sido, en realidad, un monólogo.

Creo que me enamoré de Gisella sólo porque era mujer y acababa de mostrar cierto interés por mí. Si hubiera mantenido de adulto esos criterios tan simples, mi vida amorosa habría sido más fácil y fructífera. Pero ese no es el tema de este relato.

—¿Conocés a la bruja? —dijo, después de informarme que se llamaba Gisella, y de responderle yo con mi nombre. Supongo que antes nos habremos dicho otras cosas, pero las olvidé. Quizá no tuvieron importancia. O quizás a esa parte de mis recuerdos la ha oscurecido *un* recuerdo, el más terrible de todos: el de la desesperada noche que yo viviría horas después de aquella primera charla con Gisella. Sueña lógico: al fin y al cabo, el olvido es la parte oscura de la memoria.

Lo cierto es que, en el momento en que Gisella me lo preguntó, yo no conocía a ninguna bruja. Así



que, en otro alarde de carisma, volví a negar con la cabeza.

—Es una vieja horrible y encorvada —siguió diciendo Gisella, con la seguridad absoluta de haber conquistado mi interés (si no por lo que ella me contaba, por ella misma). Sentí que mi estatus ontológico no difería del de la bici cromada. En términos más simples, acordes con lo que yo podía razonar en aquel tiempo, sentí que yo era otro objeto con el que Gisella quería jugar.

25

Una idea que, bien mirada, resultaba estimulante.

—¿Es una bruja de veras? —dije al fin.

—Dicen que sí. Dicen que sabe hacer hechizos.

—Ah, hechizos. Mirá vos. —Me habré mostrado decepcionado, porque Gisella se apuró a agregar indicios aún más contundentes:

—Tiene una joroba horrible, donde guarda a los chicos que se come. Es como si fuera una red de pescador, y los chicos los pescados.

Gisella hizo una pausa, y se dedicó a sí misma una sonrisa satisfecha. Supongo que lo de la joroba o red o guardería ambulante sí me había impresionado, y ella pudo verlo en mi cara.

—Yo la quiero ir a espiar un día de estos —dijo. Y, después de otra pausa, bien dubitativa—: Bah, me gustaría ir hoy.

En aquel momento, a mí me resultaba irrelevante si sus palabras eran veraces o si mentía: yo hubiese acompañado a Gisella a visitar a una bruja, a un vampiro, a un demonio o al anticristo en persona. Cualquier aventura me seducía, si participábamos ella y yo.

Por desgracia, como ya dije, debía volverme a Capital en un par de horas. Se lo expliqué, rechazando su invitación implícita.

—Qué bajón —dijo ella—. Bueno, si volvés por acá...

—Yo vengo acá cada dos por tres —me apuré a decir.

—Joya. Yo vivo acá. Bueno, será la próxima. —Separó la cromada de la pared—. Chau.

26 Montó en la bici. Me dedicó una última mirada y una última sonrisa —ojalá no sea realmente la última por favor que no sea que no sea—, y con sus pies chiquitos aplastó el pedal. Los dedos le sobresalían de las gastadas sandalias rosas, a las que recién en ese instante les presté atención. El pelo negro ondulaba en el aire, aunque quizás aquella ondulación se debiera a los excesos de mi imaginación ferviente. Curiosa época, la niñez: huimos de la “realidad cotidiana” sin haberla siquiera probado; como si, en algún rincón íntimo de nosotros, conociéramos de antemano el mal sabor de ese brebaje.

En fin, por eso yo había ido contento a buscar los cajones: porque volvía a Domselaar después de aquella vez, y no podía pensar en otro asunto que no fuese reencontrarme con Gisella.

Entre una cosa y otra, mi familia y yo terminamos almorzando a la hora de merendar. Me devoré una porción de vacío, y les pedí a mis viejos permiso para salir un rato.

—Andá, dale —dijo papá—, pero volvé antes de que oscurezca.

Por suerte, la insufrible y vaga de Norita estaba muy cómoda mirando tele adentro, y ni se le ocurrió hinchar con acompañarme.

Apenas salí de la quinta, advertí un hecho aterrador: no tenía idea de dónde vivía Gisella. Si no la encontraba andando en bici por ahí, no la encontraría nunca. Y aunque el número de quintas habitadas resultaba limitado, tampoco iba a ir yo de puerta en puerta preguntando por una nena morocha con sandalias rosas montando una bici cromada.

27

Traté de moderar la ansiedad y disfrutar, al menos un poco, el paseo. Durante el camino, observé lo abandonado que lucía Domselaar. A muchas de las fachadas de las quintas y casonas las cubrían parcialmente las plantas y el pasto. Algunos yuyos debían de alcanzar mi altura, aunque aún palidecían ante los árboles infinitos, con copas que se perdían en el cielo y se me antojaban fantasmas verdes. Pasé por muchas casas descascaradas y amarillentas que me recordaron los pergaminos egipcios del manual de Historia. Registré vidrios sucios, bichos y hojas sobrevolando, y algún que otro viejo tomando mate. También me crucé con algunas chicas en bici.

Ya que había que empezar a buscar a Gisella por algún lado, decidí caminar hasta el almacén. Si no la encontraba, al menos podía quedarme con cara de distraído esperándola ahí. En algún momento ella debía de acercarse, para inflar la bici o comprar comida.

Pero no la vi en el almacén. Y, tras una media hora, seguía sin verla. Me sentí un imbécil por no

haberle preguntado dónde vivía, por no haber sido más inquisitivo y más simpático. Sentí que había perdido para siempre la chance de subirme en su bici y subírmela a ella en el regazo y pedalear juntos hasta donde a Gise le diese la gana y a mí me diesen las piernas.

Derrotado, salí a la calle. Observé la rudimentaria fachada del almacén, con una repulsa inadecuada para mi edad: aunque era incapaz de verbalizarlo, sospechaba la infinita banalidad de las cosas y la impiadosa sangría del tiempo. Me senté en el cordón de la vereda, a esperar. Y esperé. Y esperé. Y esperé.

Nada.

No me atreví a preguntarle al almacenero si conocía a una tal Gisella, una chica morocha y así y asá —hoy diría “una nena morocha”, pero en ese tiempo Gisella era para mí “una chica”—. Harto de esperar, me puse a caminar sin rumbo. Como borracho erré por entre yuyos que ya superaban por mucho mi altura, y que se me antojaban los desmesurados juncos de una isla con monstruosos gigantes. Me crucé con fachadas cada vez más carcomidas y amarillentas, como si el paisaje se congraciara con mi creciente desazón. Y, si antes no había interrogado al almacenero, mucho menos me atreví ahora a gritar el nombre de Gisella para que llegara más allá de los funestos árboles inmóviles. Y eso que intenté atreverme. Pero me limité a rebotar de un pensamiento a otro espoleado por la inercia de mi cuerpo, que en vano la buscaba a ella. Me volví máquina,

zombi, perro cazador que no avista liebre alguna. Me perdí en la melancolía. Me perdí en el tiempo: lo supe cuando levanté la cabeza, y en el cielo ya era de noche. Y, cuando volví al mundo, me di cuenta de que me había perdido, también, en el espacio. De tanto girar y girar, ya no sabía dónde estaba.

En esa época todavía no se habían inventado los celulares, y yo no tenía modo de comunicarme con la quinta. Pensé que al fracaso de mi búsqueda se sumarían las puteadas de mi viejo —si es que yo lo-  
29

Examiné el lugar incierto al que la ansiedad me había arrastrado. Me recordó menos a Domselaar que a las fotos del Amazonas. Los juncos ya se me antojaban garras verdes dispuestas a rodearme y destrozarme a la primera que me descuidara. Las espaciadas casonas ya ni siquiera se veían: quedaba el mero espacio vacío, rodeado por árboles que no me aportarían ninguna información aunque les preguntase durante toda la noche.

Tuve la idea estúpida de que debería haberme traído migas de pan, al estilo Hansel y Gretel. Probablemente me habría gastado cinco o seis flautitas: según sospechaba, me había alejado mucho.

Pensé: me vuelvo por el camino contrario al que vine. Y pegué media vuelta, giré hacia el otro lado. El problema era que, de tanto girar, ya había perdido toda referencia. ¿Qué indicios me llevarían de vuelta a la quinta? Tan desorientado andaba, que las nociones de adelante o atrás perdían sentido. ¿Qué significan esos adverbios cuando uno vaga en

círculos por un desolado bucle de tierra, árboles y yuyos?

30

Levanté la vista: el cielo se ennegrecía cada vez más. Sentí una puntada en la frente, y cuando me llevé las manos a la cara advertí que me temblaban bajo un sudor frío. Creí que estaba soñando, supongo que *deseaba* estar soñando. Como fuese, el cerebro se me atascó. Imposible hilar dos ideas, y mucho menos se me ocurría qué hacer. Vagar indefinidamente a merced de la noche no podía considerarse un plan. La vista se me nublaba junto a los pensamientos, y los murmullos de los pájaros me llegaban como el eco de otra dimensión. Tenía las piernas doblegadas por invisibles martillazos de miedo. Y así, desesperándome en ese vértigo, oí aquella voz.

La voz de ella, fuerte y clara.

Me decía: Acá, acá.

Miré para todos lados, pero no vi nada más que los infinitos yuyos. Ahora sí grité:

—¡Gisella!

Creí percibir movimiento de hojas delante de mí, al otro lado de unos matorrales. Corrí tras ese leve y acaso ilusorio ruido, que era también una frágil esperanza.

Atravesé el follaje, pero no vi a Gisella.

Sí vi una casa. Una casa bastante más chica que las quintas habituales de Domselaar. Una construcción rústica, por decirlo con palabras amables, como podría uno encontrarse en los barrios humildes —otro adjetivo amable— de la ciudad.

Ululó el viento. ¿O fue una lechuza? Se me ocurrió que había anochecido a una velocidad imposible. La casa, difuminándose tras un espeso soplo negro, parecía esperar por mí. Supe que no me quedaba otra: debía tocar a la puerta y buscar la ayuda de un adulto, si es que ahí vivía alguien.

Me humillaban mis ganas de llorar. Yo creía que había dejado de ser un nene, pero ahora advertía mi debilidad y mi dependencia. Y todo por prestarle atención a los delirios de Gise. Me imaginé lo que me hubiera dicho papá, de estar conmigo: No existen las brujas ni los vampiros ni los fantasmas. Vos llámás a la puerta de esa casa y les explicás, les contás lo que te pasó. Nunca me lo hubiera imaginado: la voz y las palabras del viejo, aunque no pasaran de una hipotética representación mental, me dieron consuelo. Hay veces que mejor volar bajito, mantenerse en lo cotidiano, suspender la imaginación. Esta era una de esas veces, y yo necesitaba contagiarme de papá, que a mis ojos representaba esa manera de concebir la vida.

Sin mucho apuro, caminé hacia la puerta. Una parte de mí quería que no atendiese nadie; la otra soñaba con encontrar una abuela de rodetes blancos que me invitara a pasar y me ofreciera sopa mientras llamaba a la Policía para que localizara a mis padres.

A pocos metros de la casa, advertí que estaba hecha de una madera vieja, asolada por la humedad. Y también, acaso, por voraces hordas de termitas.

Golpeé a la puerta, sin pensarlo —si lo pensaba, no lo hacía.

*Toc. Toc.*

Dos golpes timoratos, con el puño apretando un charco de sudor.

Me sobresaltó un crujido: la puerta acababa de abrirse.

No había nadie del otro lado. Debía de estar sin llave, y mis vacilantes golpes bastaron para que cediese.

—Hola —dije, sin animarme a entrar.

Silencio.

32 Contemplé de nuevo el paisaje a mi alrededor, como si pudiera vagar por ahí algún adulto capaz de reprenderme. Conteniendo la respiración, di un paso hacia adentro.

Me quedé parado, entre penumbras. Casi pego un grito al ver a un pibe roñoso de espaldas contra una pared. Hasta que en los rasgos del pibe me descubrí a mí mismo, reflejado en un espejo bastante grande y muy sucio. Se trataba de un espejo para colgar, pero lo habían apoyado oblicuo haciendo ángulo con la pared y el piso crujiente.

Volví la mirada hacia delante. Enmarcado en el hueco de una puerta abierta, y a contraluz del ambiente iluminado que resplandecía detrás, percibí un ominoso bulto oscuro. Una negrura piramidal, y a la vez redondeada. Se parecía a esa imagen de la muerte sosteniendo aquel instrumento de nombre horrible que, según me había contado una vez mamá, se llama “hoz”.

Pero, contrariamente a aquella parca que yo había visto por primera vez en alguna historieta, esta se movía.

No sólo se movía: también se acercaba.

*Toc. Toc.*



Ni yo ni nadie había llamado a la puerta esta vez. Eran pasos: lentos pasos plomizos que resonaban sobre la madera. No podía hablar, no podía respirar, no podía moverme. Sólo atiné, sin sentido alguno, a mirar otra vez al espejo. Y contemplé ahí la cara de Gisella, sus hermosas facciones aterradoras sobreponiéndose a la sucia vulgaridad de la superficie que las reflejaba. Pensé en Gisella rescatándome de esa negrura que avanzaba sobre mí para devorarme: Gisella y yo, los dos, Hansel y Gretel juntos para siempre, huyendo hacia la luz.

—¿Qué se le ofrece, muchacho?

La voz, por supuesto, no pertenecía a Gisella. Era una voz gutural, antigua y deteriorada. Una voz semejante a la dueña de la voz. Y eso yo lo sabía porque la dueña estaba parada —o, más bien, encorvada— frente a mí.

Volví a mirar al espejo, y ahora era aquella vieja lo que el espejo reflejaba. Llevaba un vestido negro, y cargaba con esa enorme joroba que, hasta hacía instantes, me había impulsado a imaginar una escena de pesadilla.

Conjeturé, una vez más, el consejo de mi querido padre: Pedazo de maricón, soñando que lo rescata una piba... Y no se te ocurra creerte la gansada esa de la bruja que lleva chicos en la joroba. Estás viendo a una pobre vieja achacada, y punto. Confesale que te perdiste.

A papá había que obedecerlo sí o sí, aun si se manifestaba mediante un clon pergeñado por mi mente culpable.

—Estoy perdido —confesé.

Me resultaba imposible distinguir las facciones de la vieja, entre su monstruosa curvatura, que la obligaba a bajar la cara, y la iluminación irregular, indecisa entre haces de luz y gruesas líneas de sombra. Desde ya que tampoco me desvivía por distinguir demasiado. Sí contemplé los largos y también encorvados dedos cuando ella extendió una mano plagada de pústulas y me llamó con un índice en forma de garfio:

34

—No te preocupes, querido. Pasá.

Permanecí inmóvil. La vieja tosió tan horrible que me figuré un verde remolino de gargajos desbarrancándosele por el garguero.

—Pasá, querido. Pasá.

Además del reloj y su exactitud implacable, se sabe que existe un transcurrir subjetivo del tiempo. Según *mi* tiempo, entonces, la vieja tardó una media hora en girar sobre sí misma y adentrarse en la casa. No sé cuánto demoré yo en seguirla: mi cuerpo tomaba ahora sus propias decisiones, como si supiera que la mente ya no estaba en condiciones de sostener el timón.

Entramos en lo que resultó ser la cocina. Había un poco más de luz que parecía venir de un velador o algo por el estilo: yo no podía localizar la fuente.

Todavía dándome la espalda, aquel vetusto montículo de tela negra me dijo:

—¿Dónde están tus papás?

Y me dije: Si lo supiera, le juro que no andaría acá a estas horas, oliendo sus callos. Claro que no era tan idiota como para repetirlo en voz alta.

—No sé, señora, estoy perdido.

—Ah, tus papás entonces no saben que estás acá.  
—Oí un fogonazo—. *Nadie sabe.*

La vieja había prendido una hornalla grande, y en ella apoyaba la pava. Tiznada y carcomida de óxido, la cocina no desentonaba con el aspecto de esa casucha.

Me quedé callado, y la vieja también. Ya resignado a pasar una estadía horrenda en aquella horrenda casa, y a tolerar después los retos de mi padre, me relajé un poco. Me pesaban los párpados, y fijé la vista en la tela negra sobre la joroba: era como mirar una noche sin luna y sin estrellas. Una noche que se desenfocaba, se volvía turbia. La hornalla encendida me aletargaba con su incesante siseo. Fui consciente de mi cansancio, de mis ganas de dormirme para despertarme mañana en la maldita quinta, que ahora se me antojaba un paraíso. Y ya no me importaba bancarme los gastos de Norita o los retos de papá. Quería que llegase mañana y seguir con mi vida corriente, olvidarme de todo esto. Y, de un momento a otro, ya no sólo el vestido se oscureció, sino el mundo entero. Y se me apareció la cara de Gisella. Me decía: Tomate un té. Pero a su hermosa voz la reemplazaba un rugido tético, seguido por una tos aun más espantosa:

—Despertate, querid... ¡Ugh! ¡ugh! ¡ugh! ¡ugh!  
¡ugh! Tomá esto, que te va a hacer bien.

Logré separar los párpados, lancé un grito: pasar sin intervalos de la cara de Gisella a la bolsa arrugada de piel que ahora me miraba fijo fue demasiado.

—Te dormiste —dijo la vieja masticando las palabras con su austera y vercosa dentadura. Se ve que

atribuyó mi terror a una pesadilla durante mi breve siesta. Por suerte, ignoraba que mi verdadera pesadilla se había reanudado apenas desperté.

Me puso la taza humeante a centímetros de la cara. Sus ojos, como agazapados, temblaban tras el humo. Di un sorbo, y paladeé aquel sabor metálico. Ramilletes de sudor me brotaban del cuero cabelludo, se me bifurcaban por la frente. La vieja volvió a darme la espalda.

36 Y, sin poder creérmelo, advertí movimientos en la joroba.

Puntos específicos que se inflaban y desinflaban como burbujas de carne.

Me agarré a la silla. Y me llegó una voz:  
*Ayúdame.*

¿Acababa de oír, amortajada en un susurro de contenida desesperación, la voz de Gisella?

Y pensé que esos globos de carne podían deberse a la presión... al empuje de...

Dos manos pequeñas, haciendo fuerza para salir.

No, no podía ser. Seguramente había visto cualquier cosa. Me sugestionaban el cansancio y los nervios. Y también aquella historia estúpida que la propia Gise me contó.

No puede ser, volví a decirme, y di otro largo sorbo al brebaje que temblaba entre mis dedos. Tras el humo que seguía exhalando la taza, imaginé la verdadera cara de la vieja —esa inconcebible cara, apenas sugerida por los pocos arañazos de luz que toleraba la sombra—. Y vi —más con los ojos de la mente— los rugosos dédalos de carne putrefacta saturando las me-

jillas de ese monstruo, y los ojos amarillos remarcados por bolsas colgantes, y una lengua bifida serpenteando fuera de la boca como si buscara lamer la penumbra.

Basta, es un delirio.

*las brujas no existen las brujas no existen las brujas no existen*

No existen.

Pero...

¿Cómo es que los largos dedos de la vieja, mientras retiran la taza de mis manos, dejan ver ahora uñas tan afiladas y crecidas? ¿Cómo no advertí antes ese detalle siniestro?

37

Pensé: Quizá me quedé dormido, y estoy soñando otra vez.

Abro bien los ojos. Siento como si me hubiese dormido durante un entreacto y acabaran de abrir de nuevo el telón. Contemplo a la vieja frente a mí. Estoy sentado, o más bien desparramado, sobre una precaria silla. No recuerdo el momento en que me senté; ignoro desde cuándo languidezco acá. Sí estoy seguro de que ahora hay más luz. Y, aunque en la escena yo no doy bien de Blancanieves, a la vieja sólo le falta la manzana en la mano. Me aterran esa nariz de gancho y ese espantoso lunar peludo, y el pelo pajoso y blanquecino que no alcanza a ocultar los penetrantes ojos vidriosos. Advierto que los haces de luz brotan de esos ojos, cada vez más blancos y encendidos. No son luces normales: se asemejan a fuegos fatuos, a emanaciones de otro mundo.

La vieja sonrío, y yo miro adentro de su sonrisa. *Ayudame*, me susurran, desde esa oscuridad hedionda, voces infantiles. Y sigo mirando, más

allá de la lengua y de la campanilla. ¿Cómo es que mi vista escarba tan hondo, hasta el *más allá* de esa risa de labios decrepitos y de colmillos verdes? ¿Cómo alcanzo a atisbar en el centro de ese abismo dos puntos blancos que flotan en la nada oscura?

¿Son piedras? ¿Son diamantes?

O acaso son ojos.

Semejante a un humo resplandeciente, la luz me ofusca. Los ojos de la bruja brillan como puntas de puñal, destacan incluso por sobre este resplandor. Y, esbozándose en el fulgor blanco del humo, diviso la cara de Gisella.

Mueve los labios ahí adentro, me habla. La voz reverbera en el tórax marchito de la bruja.

*Ayúdame. Quiere quedarse conmigo. En mí.*

Pero apenas logro ayudarme a mí mismo: me levanto de la silla, y corro. Corro como no había corrido nunca ni nunca volvería a correr.

Siento los pies hundiéndose en la madera transformada en pantano, y no quiero pensar si es el sudor o una lengua lo que me lame la espalda. Imagino las garras y las uñas de la vieja estirándose, alargándose en busca de mi cuello. No quiero que me atrape y me empuje al interior de su boca. No quiero volverme su bocado. Así que corro más y más fuerte. Gracias a Dios, la puerta sigue entreabierta. Y cede ante mi desesperado empuje.

Sin parar de correr, le pido perdón a Gisella: —Voy a volver, Gise —le digo—. Te voy a rescatar de La Bruja, aunque tengamos que matarla y abrirle las tripas. Yo te voy a salvar, te voy a...

Desperté en una cama desconocida. Según supe después, estaba en la casa del médico de la zona. Me sentí realmente vivo cuando llegó el abrazo de mamá. Recién ahí. Nora también me abrazó:

—Tarado, nos preocupaste.

Papá me acarició la cabeza, ahorrándose cualquiera de los insultos que, mientras yo vagaba perdido, le había adjudicado.

El médico le aconsejó a los de mi familia que esperaran un poco para lanzarme preguntas. En silencio, se lo agradecí. Aproveché y traté de inventarme una historia que los adultos pudieran tragarse. Una que excluyese supuestas brujas y mujeres amadas susurrando voces *in absentia*.

Me dijeron que me encontraron de madrugada. Dormido, transpirado como si acabara de correr un maratón, temblando de fiebre. Después, entre risas pícaras, Norita me contó que, ya en la cama y con el hirviente termómetro en la boca, mencioné varias veces a una tal Gisella.

Incluso en ese momento entendí lo siguiente: que ella se burlara —que retomase sin culpas su papel de la hermana molesta— significaba que el peligro había pasado para mí.

Al final ni recuerdo qué les dije. Supongo que nada muy imaginativo: simplemente que me perdí y me empecé a sentir mal, y esas cosas. No tiene importancia.

Quizá tampoco importen demasiado las pesadillas.

Soñaba que la vieja —trataba de no llamarla más *la bruja*— se comía a Gisella. La despellejaba y se vestía con su piel.

Soñaba barrocas atrocidades que nunca había alcanzado a concebir en la vigilia, ni siquiera con la ayuda de la televisión. Años después, un psicólogo me hablaría de que, a un nivel de consciencia más profundo que el de los pensamientos, nuestra mente registra cosas sin que nosotros lo sepamos. También me comentaría otras cuestiones respecto a la psique humana y a la relación con los padres. Revelaciones a menudo más inverosímiles que las mismísimas brujas.

A la quinta mis padres la vendieron unos años después de mi encuentro alucinatorio con la vieja. Se hartaron de los continuos robos aparejados a la decadencia del país, y que iban ampliando su jurisdicción más allá de las áreas suburbanas.

Durante uno de mis últimos fines de semana en Domselaar advertí que en el almacén vendían una bici cromada, muy parecida o quizás igual a la de Gisella. ¿Sería la misma? Me dio curiosidad, pero preferí guardarme las preguntas. Además, en ese momento yo pasaba por la puerta del almacén junto a mi familia, y no quise importunarlos.

No volví a salir solo por Domselaar.

A la propia Gisella nunca más me la crucé, y perdí las ganas de buscarla. A esa edad, las mujeres son para nosotros apenas un misterio entre tantos, un asombro más en un mundo asombroso. Así, nos resulta más fácil el olvido. De hecho, creo que jamás hubiera pensado en ella durante mi vida adulta, si no fuese por su involuntaria participación en mi encuentro con la vieja.



Y es que las viejas de ese tipo no existen; pero que las hay, las hay.

Y ahora, tantísimos años después, sucede lo que les contaba al principio. La joroba, terrible leviatán negro, emerge de la boca del subte. Y sé que es ella. Es La Bruja. Ya cruzó la calle, ya se encuentra a unos metros de mí.

¿Es *realmente* ella?

Lo seguro es que yo vuelvo a ser aquel chico supersticioso.

Contemplo el cielo oscuro: no recuerdo si ya era de noche antes, o quizás acaba de oscurecer ahora.

Sudor frío.

Basta de pavadas, ya no soy un nene. Necesito probarlo, y acercarme a la presunta vieja.

Me acercó un poco, y al instante compruebo mi error. Es una mujer, pero mucho más joven de lo que era la vieja en aquellos años. El vestido sí se me antoja similar, pero sólo eso. Camina erguida, aunque advierto en ese caminar la fatiga de quien carga una mochila imaginaria. En fin: ¿quién no carga mochilas imaginarias hoy en día?

Y, hablando de imaginaciones, yo vuelvo a sentirme ridículo, como cuando hui de la casa de esa pobre señora que nada más pretendía ayudarme. Ella no tenía la culpa de estar vieja y encorvada, y mucho menos tenía la culpa de mi cansancio y de mis delirios infantiles.

Sigo avanzando hacia la mujer, me acerco más: aunque sé que no es *ella*, me resulta imposible

desviarme del camino que me lleva a su encuentro. ¿Cómo pudo la vista haberme engañado de tal forma? Fue una sola cosa verla y acordarme de aquella remota noche en Domselaar.

Sigo caminando. No puedo sacarle los ojos de encima a la mujer, ni dejar de revivir lo que me pasó. Hasta que ella interpela mi mirada con la suya.

Bajo la cabeza, avergonzado.

—Pensé que la conocía —le digo—. Discúlpeme.

42

Dispuesto a irme, la mujer me apoya una mano en el hombro. En un gesto que podría calificarse de coquetería, se echa a un costado el largo pelo oscuro.

—Pero yo sí te reconocí —me dice—, y creo que vos te acercaste porque también sabés quién soy. Nos conocimos hace mucho, cuando yo vivía en Domselaar.

La reconozco, y al mismo tiempo no. Parece la muñeca ajada de sí misma. Le preguntó quién es, aunque me quedan pocas dudas. Ella sonríe con amplitud.

—Soy Gisella. ¿No te acordás?

Claro que me acuerdo. Me acuerdo de todo. Aunque haya cambiado, *ahora* sé muy bien quién es ella.

Y mejor lo sé cuándo sus ojos fulguran, y se empieza a reír. Y ríe más y más, hasta que los ojos parecen de vidrio, y la risa se convierte en carcajada.

Y puedo ver sus repugnantes colmillos verdes.



**BÄRENHAUS**  
EDITORIAL